



A la espera de tiempos mejores tras la guerra y la sequía

Abrhet Woldegergis, madre de tres hijos, vive en la zona desmilitarizada entre Eritrea y Etiopía. La guerra ha terminado, pero causó muchas penurias a esta joven eritrea que debió huir cuando, durante su tercer embarazo, los enfrentamientos amenazaban llegar hasta su aldea. Hoy es la sequía la que pone en peligro los esfuerzos que realizan Abrhet y sus vecinos.



Abrhet y su madre sobrellevan sin quejarse su vida actual.

“Pero ustedes mismos lo ven, aquí no quedan más que hombres viejos para cultivar la tierra. Ojalá este año llueva”



El calor es intenso y hay polvo por doquier en Geza Hamle, una aldea situada a unos 100 kilómetros al sur de Asmara, la capital de la nación más joven de África, Eritrea. Estamos a fines de junio. El suelo arenoso se ha ablandado con las primeras leves lluvias, y los campesinos están atareados trabajando pequeñas parcelas de terreno con su buey. Abrhet Woldegergis, una joven madre de 25 años, está preparando la comida para sus tres hijos, que están afuera en el campo.

Abrhet es tímida, y más inclinada a sonreír que a hablar. Cuando le preguntamos por sus experiencias durante la guerra entre Eritrea y Etiopía (1998-2000) parece resistirse a recordar aquellos duros tiempos. “Nuestro poblado, Geza Hamle, está muy cerca de la frontera. La guerra no llegó aquí hasta mayo de 2000, pero entonces la tuvimos tan cerca que tuvimos que escapar dejando detrás todo lo que teníamos. Los pobladores escaparon hacia el norte en dirección de Asmara. En aquel entonces yo esperaba mi tercer hijo y tenía que cuidar a los dos mayores. Mi marido había sido reclutado por el ejército, pero mis padres estaban conmigo.”

Tras dos días de caminata, Abrhet y su familia llegaron a un campamento para personas desplazadas en la ciudad de Dubarwa, a 25 kilómetros al sur de la capital. “Había miles de personas que llegaban de todas partes. El campamento estaba desbordado. Cuando llegamos, no había agua ni tiendas disponibles. Era terrible vivir allí. Yo estaba angustiada, porque faltaba poco para el nacimiento de mi hijo y no quería tener mi parto en un sitio como ése.”

Las condiciones de vida siguen siendo duras

Después de un mes, Abrhet decidió irse del campamento y emprendió el camino de regreso junto con un primer grupo de vecinos de su poblado. Cuando llegaron a la aldea, la lucha había cesado y no se veían soldados por ningún lado. Algunos encontraron sus casas de piedra, arcilla y madera en ruinas. Abrhet había tenido suerte: “Había perdido mis tres vacas, pero tanto mi casa como todo lo que había dentro de ella estaba como lo había dejado”.

Después de la guerra, la aldea de Abrhet pasó a formar parte de la llamada “zona de seguridad temporal”, una franja desmilitarizada de 25 kilómetros de ancho en territorio eritreo patrullada por las fuerzas de paz de las Naciones Unidas. Tres años después del acuerdo de paz, las condiciones de vida siguen siendo duras. Grandes superficies de terreno están infestadas de minas y otros residuos explosivos de la guerra, que ponen en grave peligro a agricultores y pastores. Todavía no se ha iniciado la demarcación de la frontera, y muchos de los pobladores no se sienten suficientemente seguros como para reanudar su vida anterior a la guerra.



En el sur de Eritrea no hay suficientes hombres jóvenes para cultivar la tierra.

En la aldea de Abrhet, los campesinos habían perdido el tiempo de cosecha debido al desplazamiento, y no tenían reservas de alimentos. La insuficiencia de las lluvias en los tres últimos años ha contribuido a su desventura. La cosecha del año pasado fue, según los agrónomos, la peor de los últimos diez años. Por añadidura, no quedan suficientes hombres jóvenes para trabajar en el campo. “Hemos pasado a depender de la ayuda alimentaria que nos daban en aquel entonces las Naciones Unidas y el Gobierno” –dice la madre de Abrhet, mientras cuece cereales en una olla. A ninguno de ellos le gusta depender de la ayuda de otros, pero tampoco desean quejarse de sus dificultades.

Volver a ser autosuficientes

A fin de satisfacer las necesidades a corto plazo de la población y a la vez reducir su dependencia, el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) inició diversos programas de socorro tras el fin de la guerra. Se rehabilitaron centros de salud y sistemas de abastecimiento en la zona desmilitarizada y sus inmediaciones. Las 60.000 personas desplazadas que siguen viviendo en los campamentos reciben cobijo, enseres domésticos y querosén para paliar la falta de leña. Tras la desastrosa cosecha de 2002, el CICR lanzó un nuevo programa para asistir a unos 100.000 antiguos desplazados como Abrhet con semillas de cereales y raciones de alimentos; de este modo se alienta a los campesinos a producir sus propias cosechas y a recuperar su autosuficiencia.

“Mi tío ya ha sembrado la semilla en nuestros seis acres de tierra”, dice Abrhet. “También hemos recibido cereales, lentejas, aceite, azúcar y sal –agrega su madre–. Esas donaciones nos permiten sobrevivir y cultivar el campo.” “Pero ustedes mismos lo ven –suspira Abrhet, mirando hacia el campo– aquí no quedan más que hombres viejos para cultivar la tierra. Ojalá este año llueva”.

XXVIII^e
Conférence internationale
de la Croix-Rouge et du Croissant-Rouge
Genève 2003

Comité d'organisation
Case postale 372, CH-1211 Genève 19,
Suisse

XXVIIIth
International Conference
of the Red Cross and Red Crescent
Geneva 2003

Organizing Committee
P.O. Box 372, CH-1211 Geneva 19,
Switzerland

XXVIII
Conferencia Internacional
de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja
Ginebra 2003

Comité de organización
Apartado postal 372, CH-1211 Ginebra 19,
Suiza